

**JOTARO, EL MASOQUISTA.
DOS NOVELAS JAPONESAS.**

Junichiro Tanizaki (2009).

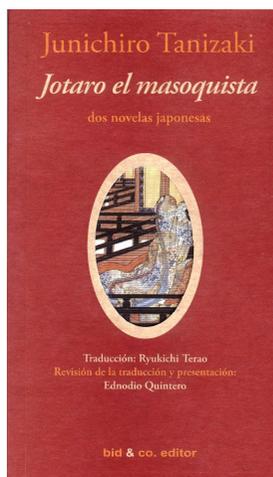
Caracas: bid & co. editor.

La literatura japonesa está llegando con un nuevo impulso renovador a los lectores de habla hispana. Prueba de ello es la reciente edición de *Jotaro, el masoquista*, del eminente narrador Junichiro Tanizaki (1886-1965), traducida directamente del japonés por Ryukichi Terao y con la revisión de la traducción y prólogo de Ednodio Quintero. La obra contiene dos novelas breves. En esta reseña nos ocuparemos de la primera, que da título al libro.

Tokio, principios del siglo XX: Ciudad cosmopolita, bulliciosa y convulsiva, llena de oportunidades y de todo tipo de placeres y, por lo tanto, también de perversiones y de personas en busca de ellas, personas como Jotaro, personaje singular, de esta singular novela sobre el masoquismo en la cual Junichiro Tanizaki explora de manera satírica la naturaleza de esta perversión y sus fatales consecuencias.

Pero antes definamos qué es perversión. Krafft-Ebing, autor que cita Tanizaki indirectamente en esta obra, definía la perversión como todo aquel acto sexual que no va dirigido a la procreación. Qué sabrosa puede ser la perversión pero terrible en sus consecuencias es la enseñanza que Tanizaki nos deja entrever en esta breve novela.

Jotaro es un joven de 27 años, de profesión escritor, que ha adquirido cierto renombre y se ha acostumbrado a la buena vida. Lo primero que llama la atención de su pensamiento es su concepción sobre la belleza: “La belleza armoniza mejor con lo que está mal que con el bien”. Y unas pocas líneas antes dice con respecto al vicio en la



literatura:

Imagino que has leído estas palabras de Oscar Wilde: Vice and the virtue are to the artist materials of this art. Yo tengo una idea más avanzada del tema. Es decir. No hay literatura buena que no se fundamente en el material del vice.

Estas dos citas bastan para revelarnos el pensamiento pervertido de Jotaro, hombre que escribe novelas (seguro del tipo best-sellers que salen con frecuencia en el mercado) para desahogar tales placeres. Y es que (según el narrador) en Japón es difícil encontrar una mujer sádica con la cual satisfacer el masoquismo, ya que la mujer japonesa es por naturaleza tímida y sumisa, y por esto a Jotaro se le hace difícil satisfacer esta clase de deseos los cuales mantiene en secreto. Tomemos el ejemplo de Ranko, una de las amantes adineradas de Jotaro, es de notar que Jotaro siempre se comporta de manera sumisa ante las mujeres bellas, a la manera de un chulo, hasta llegar al ridículo, disfrutando con placer el trato despectivo que dichas mujeres ejercen sobre él. Jotaro ha educado a Ranko indirectamente para que lo trate de esta manera, pero esto resulta imposible debido a que Ranko está enamorada de él y no puede de ningún modo maltratar a su amado. Vemos tal vez en esta escena una parodia de las novelas románticas.

En fin Jotaro cansado de esta situación, sigue la propuesta de su amigo Matsumura de tener una chica ladrona como acompañante, tal vez, piensa Jotaro, que si esta chica es malvada, él le podría enseñar otras maldades y así entrenarla para satisfacer su masoquismo. Después de tres días conociéndose, Jotaro decide revelarle el secreto de que es masoquista, la lleva a una casa al estilo occidental dentro de una mansión (Jotaro vive en una mansión a expensas de un comerciante rico que aprecia el arte) y le muestra todo los artículos de tortura, ella al principio se resiste a cumplir tales deseos, pero se muestra dispuesta a sacar toda su maldad cuando Jotaro le ofrece una gran cantidad de dinero. Jotaro le pide a Onui, que así se llama la chica mala, que lo ate de pies y manos, desnudo y que lo duerma con una droga y lo deje ahí hasta que despierte, ella procede, y así transcurren los días entre latigazos y ataduras, entre placeres que llegan a rozar el límite de la muerte.

Y más le hubiera valido a este pervertido morir plazeramente si no fuera por causa de la misma maldad de la chica, causadora de tanto placer, que hizo de las suyas, robó lo suficiente y se cansó de maltratar al pobre pervertido; luego lo abandonó ya arruinado, triste y tal vez arrepentido y con muchas deudas por pagar: primero al proxeneta que le reclamó por la huida de la chica y lo hostigaba al igual que los prestamistas y acreedores, y no teniendo lugar a donde ir se acordó de la casa donde vivían su madre y sus hermanos, que aún lo creían una persona decente, como única solución para recuperarse de su total ruina y así tal vez enmendar su vida. Tanizaki nos ofrece aquí un final moralizante, que nos muestra que en cuanto a perversiones y placeres nada debe ser en exceso.

Jesús Miguel Duque